

Escuela de Ciencias naturales, i la copa al jóven Cárlos Sáenz E, alumno de la clase de Historia patria en la Escuela de Literatura i Filosofía.

Soi de usted, con toda consideracion, mui atento servidor.

M. ANOÍZAR.

El ciudadano Presidente de la Union, el del Estado i los señores Secretarios de lo Interior i Relaciones Exteriores i de Hacienda i Fomento presentaron como premios algunas importantes obras científicas i literarias, que se entregaron a su presencia en manos de los alumnos honrados con ellos. Se repartieron, ademas, varios libros obsequiados por algunos de los señores Rectores i catedráticos de las Escuelas de la Universidad.

BIOGRAFIAS.

Francisco Cesar.

I.

Llegaba a su fin el año de 1532, cuando tocó en Puertorico la flotilla que, mandada por don Pedro Heredia, habia salido de Cádiz con destino a las costas setentrionales de la América del Sur. Hallábanse a la sazón en Puertorico algunos de los compañeros de Sebastian Cabot, en la jornada que este hizo al rio de la Plata. Muchos de estos, aprovechando la llegada de don Pedro, prefirieron unirse a él sometiéndose a la vida de conquistador, vida llena de azares i de aventuras, las mas de ellas infortunadas, a vejatar sin gloria en aquella isla. Entre estos atrevidos soldados de fortuna se encontraba Francisco Cesar.

Aquí hacemos, pues, el primer conocimiento con nuestro héroe, cuyo carácter nobilísimo, voluntad enérgica i cualidades distinguidas, le habrían de haber dado derecho para ocupar un lugar al lado de las primeras figuras que se destacan en el cuadro de la conquista i la colonización de la costa. Sin embargo, la Providencia lo quiso de otro modo: él ocupó siempre un puesto secundario, aunque fué digno de ocupar el primero. Nada sabemos acerca del lugar donde Cesar vió la primera luz: su cuna i su linaje nos son desconocidos, mas no importa. Su nobleza i valor le dan derecho a una mención honrosa en las páginas de nuestra historia: de poca monta es, pues, la carencia de aquellos datos. Le seguiremos desde que le conocimos, sin atender a su nacimiento, como seguimos el curso del manso arroyo que fecunda la pradera, sin cuidarnos de averiguar su oríjen.

Dejó la flotilla las costas de Puertorico, i despues de tocar en Santodomingo i Santamarta, fondeó en el puerto de Cartajena el 14 de enero de 1533, verificándose el desembarco en la mañana del 15. La falta de agua potable en las inmediaciones de Calamar, decidió al Gobernador Heredia a tomar una nave para explorar la costa abajo, con el objeto de buscar un sitio conveniente para la fundacion de una ciudad. Otra nave fué enviada a Galera-Zamba con igual objeto. El tercer cuerpo expedicionario, guiado por el indio anciano Corinche, se dirigió por tierra a Zamba.

En esta jornada dió Cesar las primeras pruebas de su innegable valor. Habiendo llegado a las inmediaciones de una poblacion indígena, estos salieron a atacar a los españoles con la mayor resolucion. Trábase un sangriento combate que dura muchas horas: un español i tres caballos caen bajo los golpes de los naturales: muchos de los invasores quedan heridos i aun el mismo Heredia, cercado de enemigos, se ve privado de su lanza i tiene que recurrir a la espada para defenderse. Cesar hace prodijios de valor: penetra por medio de la compacta muchedumbre i cubre de cadáveres el campo: en su saco acolchonado de algodón quedan enredadas 32 flechas, i sin la proteccion visible de la Providencia que le reservaba para mas altos hechos, allí habria concluido su carrera.

En esta jornada quedaron vencedores los españoles por la superioridad de sus armas i por la ventaja de la caballería. Desplegaron cual siempre una ferozidad inútil, incendiando la poblacion. Los desgraciados turbacos se retiraron a las montañas a llorar sus guerreros i su perdida libertad.

No encontrando los españoles dónde fundar la ciudad con mayores ventajas que en Calamar, resolvieron establecerse en este último punto, verificándose la fundacion de Cartajena el 21 de enero de 1533.

Emprendiéronse luego varias expediciones que pasaremos por alto por no ofrecer nada importante con relacion a Cesar. Bástenos decir que acompañó a Heredia en su marcha triunfadora desde Cartajena hasta la Barranca de Mateo, llevando con ecuanimidad los sucesos prósperos o adversos de esta jornada.

II.

Un año mas tarde comenzaron para Cesar los innumerables contratiempos, las dolorosas decepciones que amargaron su corazón, pero que no lograron abatir su noble alma.

Durante la desastrosa expedicion de don Pedro Heredia al Zenú, llegó a Cartajena don Alonso Heredia, hermano del Gobernador i conquistador de Guatemala. Tan luego como don Pedro volvió del Zenú i encontró a su hermano en Cartajena, olvidando los importantes servicios de Cesar, lo destituyó de su empleo de Teniente Jeneral, nombrando en su lugar a don Alonso. Profundo descontento causó en el ejército i en los habitantes tan

injusto proceder. Todos manifestaron su desagrado: solo Cesar permaneció impasible. Su alma era superior a las mezquindades de la tierra e incapaz por tanto de abrigar el resentimiento.

La fama de riqueza que disfrutaban los santuarios del Zenú, orijinó una nueva expedicion compuesta de cerca de 200 hombres, bajo las órdenes de don Alonso Heredia. Salieron en el mes de agosto de 1534. Don Alonso nombró por Teniente suyo a Francisco Cesar, creyendo así satisfacerlo un tanto de la injusticia de que habia sido víctima. ¡Tardía reparacion, que asociando a Cesar con un hombre codicioso i feroz, no hizo sino colocarle en las gradas del cadalso!

Llegado al Zenú el cuerpo expedicionario, don Alonso comisionó a Cesar para marchar ácia el Norte en busca de ciertas poblaciones que, segun fama, abundaban en víveres de toda clase. Cesar halló no solo abundantes provisiones, sino diez mil castellanos de oro que le ofrecieron los moradores de ese lugar, que él llamó Balsillas, por las que construian los indios. Embarcándose luego en una balsa grande, estableció la comunicacion con Cartajena por esa vía, haciendo innecesario el rodeo de la montaña. Su comision estaba pues perfectamente desempeñada, i parecia que la buena suerte le era favorable. Sinembargo, cuando mas despejada brillaba su estrella, cuando mas pródiga se le mostraba la fortuna, era precisamente cuando mas próximo estaba el eclipse de su astro; cuando mas pronta estaba la suerte a volverle la espalda en su veleidad.

En efecto, sabiendo don Alonso que Cesar habia recibido una cantidad considerable de oro, mandó a pedírsela so pretexto de pagar los pertrechos que un buque acababa de traer para la Colonia. Cesar se denegó con firmeza a entregar el oro que debia repartir entre sus compañeros. Su enérgica repulsa fué un crimen a los ojos de aquel hombre codicioso que miraba el oro como el supremo bien, como el único blanco de sus aspiraciones. Así a su vuelta al Zenú fué Cesar cargado de cadenas i condenado a muerte. Debemos confesar, sinembargo, en honor del nombre español, que en todo el ejército no se halló un solo hombre que quisiera ejecutar la injusta sentencia. ¡Muda pero elocuente protesta que salvaba al ejército ante la historia, de su participacion en la atroz injusticia i preparaba a don Alonso el fallo adverso de la posteridad.

El año siguiente de 1535 se señaló por la nueva expedicion de don Alonso, que salió con 400 hombres en demanda de ricas rejiones donde esperaban encontrar oro para satisfacer, si no para saciar su ambicion. Desastrosa fué esta jornada, i así debia serlo. El triunfo de la codicia es tan fugitivo como las dichas de la tierra, i la Providencia abandona a los opresores de la inocencia. En esa expedicion iba Cesar cargado de prisiones i don Alonso de oro; este contraste era demasiado repugnante, demasiado grande, para que pudiese existir largo tiempo. Léjos de hallar el oro que

buscaba solo halló don Alonso el hambre, la sedicion i la muerte, azotes que, bajo distintas faces i de continuo, diezmaron sus filas.

III.

Poco tiempo despues de la vuelta de don Alonso de aquella jornada hallamos a Cesar al lado de Julian Gutiérrez, ayudándole fructuosamente en la ardua empresa de colonizar las tribus belicosas de la banda occidental del golfo de Urabá. Don Alonso debia ser el jenio del mal que impedía todo progreso para la colonia. Así es que cuando comenzaba a disfrutar de tranquilidad la nueva colonia, cuando aquellas tribus siempre temidas, comenzaban a deponer sus feroces instintos i a comerciar con los españoles, he aquí que llegan don Alonso i su hermano a intimar a Gutiérrez i a los suyos que salgan de su territorio. Gutiérrez responde evasivamente que, dependiendo del Gobernador de Panamá, no podia resolver nada sin darle ántes cuenta de lo ocurrido. Heredia i su hermano finjen quedar convencidos, se retiran i volviendo en altas horas de la noche, caen sobre los desprevenidos colonos i hacen una horrible carnicería.

No acompañaremos a Cesar en este nuevo i cruento episodio de su vida: no referiremos ninguna de las peripecias de ese combate fratricida, el primero ¡ai! de la serie de esas luchas civiles que, aclimatadas en nuestra patria, han adquirido tal desarrollo, que hoi al cabo de trescientos cuarenta años, siegan la flor de nuestros guerreros i ofuscan de tal suerte la mente de los hombres, que ya no se combate por principios sino por personalidades. No referiremos, pues, las proezas de Cesar en esta ocasion. ¡Que se borren ellas de nuestra memoria, como quisiéramos arrancar del libro de nuestra historia, las enlutadas pájinas que recuerdan nuestras fratricidas contiendas!

IV.

Pronto se abrió para Cesar un nuevo horizonte. La malograda expedicion de don Alonso en solicitud del Dorado de Dabaibe, no desalentó a los soldados españoles. Muchos de los mas prácticos se ofrecieron a continuar la expedicion, con tal que se les diera por jefe a Cesar. Concedido el permiso que demandaban, se organizó la expedicion, i a principios de 1537 salieron de san Sebastian 100 hombres escojidos i alguos caballos. Cesar los mandaba e iban resueltos a cruzar la sierra de Abibe, intransitable hasta entónces para los europeos. Siguieron toda la costa hasta el rio Verde, tomaron luego a la izquierda i se encaminaron al Occidente para cruzar la cordillera. Muchos perecieron en esta jornada dificultosa a traves de selvas vírjenes, nunca transitadas por criatura humana, remontando el lecho de torrentes secos, abrasados por el sol de los trópicos i luchando, en

fin, con esa infinidad de insectos i animales venenosos, únicos i terribles habitantes de aquellas majestuosas soledades. Cuando Cesar llegó al valle de Cuaca o Guaca, no llevaba sino 63 hombres i algunos caballos, con los cuales se lanzó al primer pueblo situado en la ceja del monte. Júzguese cuál sería el asombro de los naturales. Unos quisieron huir, otros defenderse; pero la actitud pacífica de los invasores i los esfuerzos de los intérpretes, les indujeron a quedarse i traer a los españoles bastantes provisiones, cuidando en especial a los caballos, objeto para ellos de terror i admiración.

Entretanto Nutibara, su jefe, informado del escaso número de sus invasores e ignorando el poder de estos, se resolvió a atacarlos con 2,000 guerreros bien armados, convencido de que la victoria le sería favorable.

Obstinado fué el combate. Los indios peleaban con la tenacidad i el coraje del que comprende que la defensa del suelo patrio es uno de los mas santos deberes, i que la muerte es grata cuando se recibe por la libertad.

Viendo Cesar que estos valerosos indíjenas no cedían un solo palmo de terreno, a pesar de la horrible matanza que los españoles hacían, imagina un expediente para decidir la victoria en su favor. Busca al jefe indio en medio del combate: su mirada de águila le descubre i lanzándose sobre él, le tiende muerto sobre el campo. Con su muerte cesó el ardor febril de los indios: huyeron cobardes, llevando el cadáver de Quinunchú, su jefe, en las andas doradas de Nutibara que ellos regaban con sus lágrimas.

La superstición de los españoles nos refiere por boca de uno de sus cronistas que el apóstol Santiago, dejando por unas horas las delicias celestiales, bajó al campo de batalla a usar de su terrible lanza en favor de la causa de la conquista. ¡Grosero fanatismo, triste ignorancia, que hace que un santo apóstol se convierta o figure como asesino de una desgraciada raza, siendo discípulo de aquel cuya sublime doctrina puede compendiarse en estas dulces i consoladoras palabras: "Amaos unos a otros: haced bien a vuestros enemigos i rogad a Dios por los que os injurian i calumnian." Los hechos mismos desmienten esta fábula sostenida por frai Pedro Simon con la autoridad de los testigos jentiles que vinieron a canjear los prisioneros, siendo así que despues del combate solo aparecen en poder de los españoles dos indias, que les sirvieron de mucho, con las noticias que les dieron acerca del nuevo levantamiento que meditaban los indios. Cesar, no obstante su conocido valor, conoció que sería una temeridad esperar el combate; así fué que se retiró por un camino mas breve del que había traído, i al cabo de diez i siete días llegó con su jente a San Sebastian.

Durante los siete meses de ausencia de César ocurrieron en Cartajena sucesos de alguna importancia. Don Pedro Vadillo, diputado por la Audiencia para residenciar a los Heredias, llegó a Cartajena, i hallando mo-

tivo suficiente para proceder contra ellos, los suspendió en sus funciones i los redujo a prision. Cuando Cesar llegó a Cartajena encontró a los Heredias rodeados de testigos falsos i acusadores, cargados de cadenas i encerrados en un oscuro calabozo, húmedo i estrecho, de donde don Alonso salió tullido para el resto de sus dias. Olvidando entónces el jeneroso Cesar que habia sido removido de su empleo por el uno i condenado a muerte por el otro, i no oyendo sino la voz de su noble corazon, desembarca a media noche i dirijiéndose a la prision del Gobernador, le consuela con palabras de respeto i amistad, le entrega la parte de oro que le habia tocado en el repartimiento de las riquezas del valle de Guaca, ofreciéndole ademas cuanto poseia para que pudiera defenderse en la Corte, a donde se trataba de enviarle pobre, i por tanto, en la situacion mas desventajosa para ser oido. Este rasgo sublime de magnanimidad proyecta sobre la simpática figura de Cesar una luz tan pura, rodea su frente con una aureola tan esplendorosa, que al encontrarle en la galería de la historia, no vacilamos en inclinarnos ante él i en rendirle ese tributo sincero de admiracion que la posteridad siempre ofrece a los grandes hombres que combatiendo con las pasiones salieron vencedores.

V.

Al dia siguiente Cesar se presentó al oidor Vadillo i le dió cuenta de su jornada, ponderándole la necesidad de hacer los aprestos para una expedicion, cuyo lucro seguro era una fuerte tentacion para aquel codicioso togado. Vadillo, por otra parte, habia sabido que en España habian nombrado un nuevo juez de residencia para residenciarlo, decidiendo en consecuencia seguir los consejos de Cesar i llevar a cabo la empresa que él le habia indicado, esperando borrar con un descubrimiento notable la memoria de sus escandalosos abusos. Dió, pues, prisa a los aprestos de la expedicion, i a principios de 1538 salió de San Sebastian con 400 hombres, otros tantos caballos i muchos indios de servicio, fuera de los esclavos. Nombró teniente a Cesar, maese de campo a Juan Villoria, i capitan de macheteros a Pablo Fernández, intelijente oficial que sirvió mucho al ejército en trances mui apurados.

Desastrosa fué esta jornada como la mayor parte de las anteriores. Sobrellevaron sinembargo los españoles tan inauditos trabajos con la constancia acostumbrada. Esa raza de gigantes no tenía otro norte que el oro, i en su consecucion soportaba el hambre, las enfermedades, las desiguales batallas, con un valor i una abnegacion dignos de mejor causa. Cuando llegaron al valle de Guaca, Nutibara que no habia olvidado el valor de los castellanos, se habia fortificado en un peñon inaccesible a la caballería, decidido a combatir hasta la muerte. Cesar fué enviado a tomar aquella

posicion, en cuya empresa habia sido derrotado Saavedra, enviado ántes que Cesar. Este subió de noche a la montaña con cierto número de hombres i se ocultó en la vecindad del fuerte de Nutibara.

Al rayar el dia cayó sobre los indios; mas estos se batieron con tanto denuedo que rechazaron a los españoles, i sin la serenidad de Cesar ninguno se hubiera salvado. Colocado este bravo guerrero a la entrada del desfiladero por donde huyeron los españoles, se sostuvo largo tiempo en tan peligrosa situacion. En vano quisieron desalojarlo los indios; solo lograron caer a millares bajo la espada de Cesar, como caen las mieses bajo la hoz del segador. Desesperanzados de vencerle se retiraron i Cesar volvió triunfante al campamento. Continuó luego acompañando al ejército por Norí, Buriticá e Iraca hasta el pueblo de Corí, situado en la orilla derecha del Cauca. Allí debía descansar; ahí debía lanzar el último aliento. Quebrantada su salud i desvanecidas sus esperanzas debía tropezar con la tumba en aquel pueblo. En una humilde cabaña, en un lecho mas humilde aún, rodeado de sus compañeros de armas que interrumpian el silencio con sus sollozos, entregó su alma a Dios, despues de una apacible agonía. Sus restos fueron confiados religiosamente a la tierra, en medio de esa naturaleza virgen i magnífica, testigo de sus proezas. Una humilde cruz señaló su huesa: su nombre no se esculpió en mármol alguno. La historia lo inscribió en sus pájinas.

ADOLFO PINILLOS MONROI.

Don Pedro de Heredia.

Don Pedro de Heredia era natural de Madrid; pasó allí tambien sus primeros años, despues tuvo que huir a Santodomingo, en donde heredó algunos bienes que lo colocaron en una buena posicion, i al mismo tiempo favorable en aquella época en que no se pensaba sino en viajes de descubrimiento al Nuevo Mundo.

Habiéndose sabido en Santodomingo la muerte de Rodrigo Bastidas, acaecida en el año de 1526, la Audiencia nombró Gobernador de Santamarta a Pedro Vadillo, quien hizo teniente a Heredia. Trasladáronse a Santamarta, en donde Rodrigo Palomino, que estaba de Gobernador, no quiso reconocer a Vadillo; entónces Heredia i Hernan Báez, soldado de Palomino, concertaron un plan para asesinarlo: fueron descubiertos i Palomino mandó ahorcar a Báez, Heredia tuvo que retirarse i andar vagando por Tuganga. Durante las desavenencias entre Vadillo i Palomino, Heredia pudo aprovecharse de una parte del botín que se hizo en el valle de Upar, i volvió a España en el año de 1532, a solicitar se le concediese la gobernacion de toda la costa, desde el rio Magdalena hasta el Darien;